



Andrew Feenberg
 Transformar la tecnología.
 Una nueva visita a la teoría crítica
 Bernal, UNQ, 2012, 308 pp.

Fernando Tula Molina¹

Los argumentos que A. Feenberg nos presenta en *Transformar la tecnología* abarcan una gran variedad temática: de la crítica marxista a la teoría de juegos, y de la filosofía antigua a la inteligencia artificial. A los fines de esta reseña, esquematizaré los aspectos, según mi juicio, más salientes, en cinco clases diferentes: (i) *críticos*, (ii) *ideológicos*, (iii) *propositivos*, (iv) *teóricos* y (v) *actitudinales*. Esto me permitirá, además, hacer una valoración diferenciada de cada uno de ellos.

(i) *Aspectos críticos*: las propuestas de Feenberg surgen de un diagnóstico profundamente crítico del estado y rumbo de nuestras sociedades de base tecnológica. Su lectura es la de una sociedad profundamente injusta y antidemocrática que excluye a millones de personas de los beneficios de la modernidad. ¿Llevamos adelante una civilización viable? Este cuestionamiento nos conduce a preguntarnos por las causas de nuestra situación actual.

La respuesta de Feenberg apunta al *código técnico* del capitalismo, cuyas características autoritarias y verticalistas acarrearán problemas serios, incluso a los sectores más avanzados de la sociedad. Si bien, como veremos, su propuesta será la de pasar a un *código técnico* socialista, lo importante aquí es que frente a la crisis energética y ambiental, “antes o después”, vamos a desear “repensar el plan de nuestra organización social” (18).

¹ Doctor en Filosofía (UNLP), investigador (CONICET), profesor (UNQ).

(ii) *Aspectos ideológicos*: de modo general, su posición es que la tecnología abre un espacio en el que la acción puede operarse en uno de dos sistemas sociales: “capitalismo o socialismo” (143). Feenberg dedicará grandes esfuerzos para mostrar la posibilidad del tránsito a una sociedad “que se pueda seguir llamando socialista”, dedicada tanto al crecimiento como al desarrollo de las capacidades humanas suprimidas por el *código técnico* del capitalismo (al ubicar a la eficiencia y el lucro como metacriterios de las actividades sociales). Su reemplazo permitiría “utilizar otros criterios de bienestar material” (243) vinculados con la educación, la calidad ambiental y la satisfacción laboral. En su versión más utópica,

los trabajadores se esforzarán por reducir el tiempo de trabajo incrementando, a su vez, el descanso, buena parte del cual se aplicaría al aprendizaje. Y cuanto más empleen los trabajadores su descanso en aprender, más productiva será su tarea y, por lo tanto, más se reducirá la jornada laboral [...]. Los intereses socialistas, y los correspondientes patrones de consumo, desarrollan la *riqueza* de la personalidad individual y la productividad del trabajo en un círculo en el que se refuerzan mutuamente (238).

En concreto, su concepto de “socialismo” incluye: poder de abajo hacia arriba, trabajadores al poder por vía de la autoorganización, capital bajo control del capital social y propiedad social.

Dado que este ideal está tan alejado tanto de nuestra realidad actual como también de nuestra realidad histórica (al estar todavía a la vista las decepcionantes experiencias de la Unión Soviética y China), Feenberg invertirá no pocas páginas en mostrar, por un lado, que el pasado fallido se debió más a la incompetencia y corrupción del aparato burocrático que al propio socialismo como proyecto civilizatorio; y, por otro lado, circunscribirá sus argumentos a la *posibilidad* de la transición (para evitar los ataques provenientes del hecho de que no parece muy *probable* que se produzca en el mediano plazo).

En cualquier caso, no considero que sea este el aspecto más importante de *Transformar la tecnología*. Hace tiempo que coincido con Castoriadis en que la crítica debería dirigirse más al consumismo que al capitalismo. La diferencia está en que en el segundo caso no caemos en un esquema “nosotros y ellos”, sino que todos, independientemente de nuestra ideología, e incluso de si somos trabajadores o gerentes, compartimos prácticas y circuitos habituales de consumo, con lo que alimentamos el tipo de sociedad industrial que criticamos.

(iii) *Aspectos propositivos*: lo importante es que para avanzar hacia cualquier proyecto civilizatorio, diferente del capitalismo, debemos pasar por un proceso de *democratización radical*, el cual implica luchar institucionalmente por el *sentido* de la tecnología y la administración. Esta lucha debe tender a reducir la *autonomía operacional* de los gerentes, dado que su estructura vertical de control “es incompatible con la evaluación a largo plazo de una tecnología que privilegie el trabajo calificado y la participación democrática” (56). Tal autonomía operacional es la que permite tomar “decisiones estratégicas” sin considerar las externalidades, las prácticas consuetudinarias, las preferencias de los trabajadores o el impacto socioambiental. Desde este punto de vista, la *política tecnológica* es más que una lucha contingente de una clase particular y constituye una “forma básica de resistencia en el centro de la lucha social en las sociedades avanzadas” (104). El *locus* principal para esta contienda son las “instituciones mediadas técnicamente”, en las que un proceso de democratización permitiría la creación de un “espacio de transformación social en el que pueda explorarse libremente la *ambivalencia* de la tecnología heredada” (70). Para posibilitar esta propuesta, Feenberg enfatiza la dimensión de la “reflexión individual” para representar las redes en las que los individuos están inmersos “y medirlas con relación a las *potencialidades no concretadas*, identificadas por el pensamiento” (65), lo que le permitirá: desafiarlas, deshacerlas y reconfigurarlas.

(iv) *Aspectos teóricos*: según mi opinión, es aquí donde se manifiesta en mayor medida la sutileza argumentativa de Feenberg, cumpliendo la promesa del inicio de proporcionarnos crítica social imaginativa para repensar las sociedades avanzadas. Merecen destacarse los siguientes conceptos: *autonomía operacional*, *ambivalencia*, *código técnico* e *intereses participantes*. Los repaso en ese orden:

- La *autonomía operacional*, en el caso del capitalismo, es “un poder discrecional sobre la producción” (77); en el caso de la tecnología, donde tanto el operador como el usuario son seres humanos, se trata de un “diferencial de poder entre quienes dirigen la operación de los sistemas técnicos y quienes obedecen” (39). A este concepto asocia el de *margen de maniobra*, por medio del cual conceptualiza la resistencia al control ejercido desde arriba, y donde deposita su confianza de que puedan surgir “nuevas formas de control y establecerse un camino original” (40). De este modo, mientras reserva el término *autonomía operacional* para referirse a los dominadores, *margen de maniobra* hace referencia a las acciones de resistencia en la que se involucran los dominados (139). En su versión utópica, “la ampliación del margen de maniobra de una trayectoria de desarrollo socialista conduciría a la

cooperación voluntaria en la coordinación del esfuerzo” y a “prácticas colegiadas, donde cada individuo comparte la responsabilidad en una institución” (283).

- La *ambivalencia* es un concepto ingenioso por medio del cual, sin caer en la tesis de “neutralidad tecnológica” que es objeto principal de su crítica, puede afirmar que los medios son “ambivalentes” respecto de los proyectos civilizatorios para los que se los use (en su visión, capitalismo o socialismo). En este sentido al referirse a la necesaria democratización de las instituciones mediadas por conocimiento técnico, aclara que el problema no es el de los “fines diversos de las mismas instituciones”, sino el de cuáles serán los “nuevos medios para institucionalizar la técnica de modo que produzcan una sociedad diferente de la industrial” (91). Con esta maniobra, su propósito es rescatar para la *teoría crítica* lo mejor de la filosofía de la tecnología previa: del *sustantivismo*, la posibilidad de criticar a la tecnología como sistema cultural donde todo el mundo social es objeto de control; y del *instrumentalismo*, la potencialidad de la tecnología (heredada del capitalismo) como “poderoso medio de transformación hacia un futuro diferente”.
- El concepto de *código técnico* es el corazón de la teoría. Aquí, Feenberg reconoce que hace una aplicación cultural del concepto de “código” proveniente de la semiótica de R. Barthes. Se refiere a la manera en que se codifican/condensan funciones tanto técnicas como sociales en un conjunto de reglas mediante las que, por un lado, se “clasifican actividades como permitidas o prohibidas” y, por otro, “se las asocia a un fin que explica tal clasificación” (127). En el caso del capitalismo, el código técnico está orientado a preservar su *autonomía operacional*, por lo que Feenberg concluirá que la “hegemonía del capitalismo es un efecto de un código técnico” (127). Al desarrollar el concepto, también hace un uso sutil de la idea de *concretización* de G. Simondón, para poder distinguirlo de sus elementos más estables, denominados *elementos técnicos*, a los que concibe como “principios incorporados en las tecnologías” (p. e., palanca o elasticidad) (128). Para mantenerse en los límites de su crítica a la neutralidad de la tecnología (y no entrar en el más peliagudo de la neutralidad de la ciencia), dirá que tales elementos son “relativamente neutrales, al menos en cuanto a que sirven por igual a dominadores y dominados” (128). De modo general, un *código técnico* es el que permite la aplicación coordinada entre conocimientos, poder, técnica y hegemonía (125).
- Mediante la noción de *intereses participantes* Feenberg se aparta —para mi gusto, con gran acierto— de las tradiciones posmodernistas y pos-

thumanistas, al rescatar la dimensión de la reflexión individual como dinamizadora de un proceso de cambio. El individuo es concebido no completamente atrapado por la “racionalidad tecnológica” o un “régimen de verdad” dominante, sino que permanece como una “fibra de potencialidades amenazadas a partir de la cual genera reclamos trascendentes” (64). El futuro uso que los dominados hagan de su *margen de maniobra* dependerá de la conciencia que tengan de las “dimensiones de su existencia que se encuentran ignoradas, suprimidas o amenazadas” (45). Lo interesante de esta noción es que no compite con los criterios de eficiencia, sino que lo que hace es “inclinarse sus logros de acuerdo con un programa social más amplio” (47).

Con estos elementos, Feenberg construirá una crítica holista de la tecnología sobre la base de separar dos conceptos diferentes de “instrumentalización”: una instrumentalización *primaria* ocupada de la orientación técnica hacia la realidad, y una instrumentalización *secundaria* donde la primera “toma cuerpo y peso en dispositivos propios de un determinado contexto social”. Una definición completa de la tecnología debe dar cuenta de la relación dialéctica entre ambas.

(v) *Aspectos actitudinales*: más allá de las distinciones analíticas y de su tendencia ideológica, *Transformar la tecnología* contiene aspectos actitudinales, que, según mi parecer, son de gran valor. En primer término, buscando disipar el temor o la fobia tecnológica, y colocándonos en el centro de la escena: no se trata de que “las máquinas tomaron el control”, sino que “al adoptarlas tomamos muchas decisiones poco inteligentes” (28). Desde el comienzo se queja de los ambiciosos planes de reforma completa de nuestro planeta “como forma de evitar el mínimo cambio en nuestro modo de vida”. Es aquí donde reside el mayor problema para su propuesta de *democratización radical*, ya que “supone un aumento de responsabilidad y poder que los ciudadanos no desean”. Frente a esto, solo deja flotando el interrogante: “¿Cambiaremos de actitud cuando caigamos en la cuenta de la crisis ambiental mundial?”.

Aparece aquí, entonces, un concepto más actitudinal que teórico: el *involucramiento táctico*, referido al conjunto de acciones contrahegemónicas, llevadas a cabo dentro de nuestro margen de maniobra a fin de liberarnos de un código técnico opresivo. Para lograr la actualización de las “potencialidades suprimidas por una racionalidad tecnológica autoritaria”, es necesario un “abordaje desde dentro por sujetos comprometidos en actividades técnicas”. El Estado puede favorecer cambios, pero no resolverá las tensiones propias de la sociedad industrial. La fuente

viva de la crítica “es nuestra participación en instituciones socialmente mediadas por la técnica” (209).

El cualquier caso, desde un punto de vista filosófico, las ideas de Feenberg nos llevan a considerar que no solo la forma de nuestras prácticas sociales, sino “la de nuestra propia humanidad”, se juegan en el diseño y aplicación de nuestras herramientas; por lo que, si logramos salir de la dominación del actual código técnico, y alcanzamos una capacidad mayor de controlar el desarrollo de la tecnología, al mismo tiempo, estaremos dando forma a un determinado tipo de “ser humano”. En este sentido, observa: la “ética siempre supone el reconocimiento de que nuestras acciones en el mundo son acciones sobre nuestra propia naturaleza, sobre nuestra manera de estar en el mundo. Esta observación debe ser extendida también a la tecnología” (178).

Por mi parte, luego de hacer esta reseña, me surgen los siguientes interrogantes:

- ¿Por qué *ambivalencia* para la computadora y no para el automóvil? Feenberg se suma a la usual descalificación del automóvil como una “perniciosa dependencia”, pero dedica un capítulo a rescatar a la computadora como un ejemplo claro de su concepto de *ambivalencia tecnológica*: puede ser un poderoso medio de *control*, o de *comunicación*, según cómo nos relacionemos con ella. Feenberg abogará fuertemente por lo segundo –como una alternativa más progresista– a partir de las enormes posibilidades de democratizar, vía la virtualización, los beneficios de la educación superior. Y debido a que sus argumentos son tanto políticos como filosóficos, observará que “dado el alto grado en el que dependemos de las computadoras, también la definición misma de vida moderna está en juego en esta alternativa”.
- Desde mi punto de vista, alimentamos la industria informática con cada clic, de la misma manera que lo hacemos con la industria automotriz por cada metro recorrido en un automóvil. Creo que en los dos casos la mirada crítica nos devuelve la imagen difícil de aceptar de nuestra *dependencia tecnológica*. Sea que estemos en un auto o estemos *online*, hay un uso en general inconsciente e irresponsable de los recursos que demandan sus servicios. Y si se atiende al complejo sistema de privilegios y contraseñas, no parece una cultura menos individualista que la tan criticada del automóvil. Feenberg defiende al pasar el transporte público. Estoy de acuerdo, pero habría que defender también servicios informáticos de uso público. Asimismo se podría repensar nuestra *dependencia*.

- Si “sólo una nueva cultura que modifique los patrones de inversión y consumo puede quebrar las premisas económicas de la civilización existente y conducir a una vida mejor” (228), ¿cómo salir de la cultura del “clic y el doble clic”?
- Si se trata de involucrarnos en una sociedad que permita desarrollar “todas las dimensiones de nuestra existencia”, ¿merece la pena desconsiderar rápidamente las limitaciones morales, y la renovación espiritual, por su relación con las teorías *sustantivistas* de la tecnología? Si la reflexión sobre la tecnología supone una reflexión sobre nosotros mismos, ¿por qué no dar importancia también a estas dimensiones para cambiar nuestra *actitud* frente a la crisis energética y ambiental?
- Si la finalidad de la *autonomía operacional* del capitalismo es “establecer un marco en el cual la actividad diaria sirva a los intereses del capital”, ¿cuál es nuestro *margen de maniobra* cuando no sentimos que nuestras potencialidades están “ignoradas, suprimidas o amenazadas”, sino todo lo contrario (como es el caso de *Facebook*)?

Por último, coincido con Feenberg en que “lo mejor que podemos esperar es participar en una historia con final abierto y derivar criterios de progreso de la reflexión sobre su curso y orientación”. También coincido con A. Gorz cuando señala que “la crítica de la técnica, en la que se encarna la dominación sobre los hombres y la naturaleza, es una de las dimensiones esenciales de una ética de la liberación”.²

² Gorz, A. (2011): *Ecología*, Buenos Aires, Capital Intelectual, p. 14.